

Los siguientes son dos de los poemas compuestos por el Vigía del patrimonio José Gerardo Valencia Gutiérrez, inspirados en los ríos y montañas que viajan hacia el mar; en los nacimientos de ríos y quebradas del sur de Colombia, y han sido piezas claves para sensibilizar a los niños y jóvenes sobre la importancia de la conservación de nuestras fuentes hídricas y han sido presentados en diversos eventos realizados en el municipio de Pitalito, Huila.

# VIAJE AL MAR

Suave, cristalino y apacible  
nace sereno en la cima montañosa  
y sabiendo su destino, inicia presuroso  
su largo viaje por senderos imposibles

Una laguna lo pare entre neblinas  
y lo cubre de líquenes y musgos,  
él, entre tanto, montaña abajo camina  
regando vida entre los pueblos y los surcos

Pero su alegre cantar de neonato  
pronto se convierte en murmullo lastimero  
pues, el afán del hombre hacer dinero,  
va mermando la fuerza de su canto

El amor por la tierra donde nace  
le da la fuerza de avanzar grande y altivo  
sin importar que a su lecho el hombre lance  
el veneno letal cual asesino

El océano recibe su tributo  
al final de su larga caminata  
él, sin mirar atrás muere un segundo  
para nacer de nuevo en la montaña.

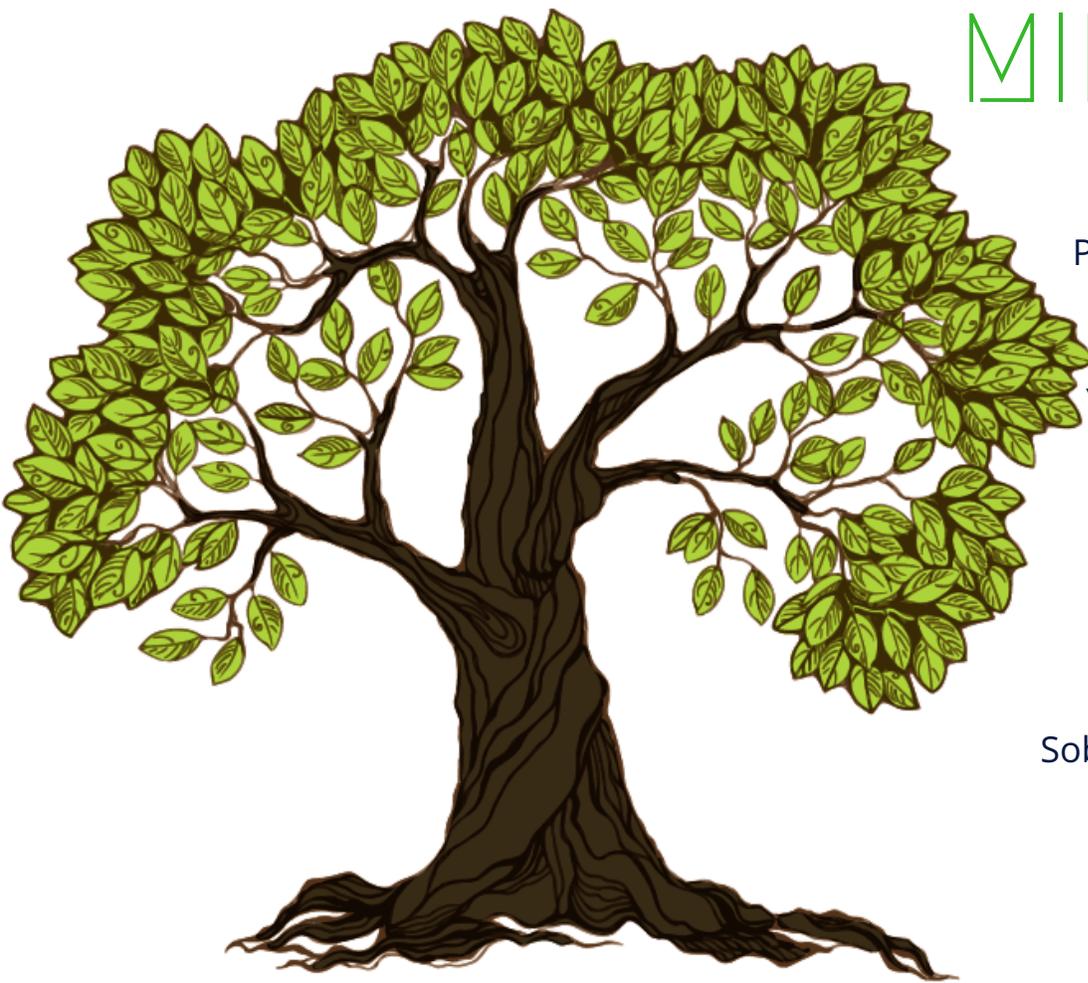
José Gerardo Valencia Gutierrez  
Vigías Re-cuerdas. Pitalito, Huila.



Nuestra composición musical es homenaje a uno de los árboles más representativos de nuestra flora local, el roble negro, cuyo nombre científico es *Colombus bananus excelsa*, uno de los árboles más imponentes de la región, pero a la vez uno de los más amenazados en el mundo por los diversos usos que el hombre le ha venido dando. Es una de las maderas más duras que existen en el mundo. En el sur del Huila, en Pitalito, es una de las pocas áreas de conservación que se tienen identificadas actualmente para este árbol.

CANCIÓN

# ROBLE NEGRO MILENARIO



A ti te vengo a cantar (Bis)  
Pa` contarte con mis versos  
Una triste realidad.

Ya no existen las montañas  
En las que solías reinar  
El fuego, arado y el hacha  
Ya las van a exterminar

Sin embargo, tu coraje  
Te hace reverdecer  
Sobresaliendo en las cumbres  
El valor que hace crecer

En el hombre la esperanza  
De un nuevo amanecer  
Eres casa, eres muralla  
Eres nido, eres carbón

Eres tú el más fiel testigo  
De toda la destrucción  
Que el hombre en toda su historia  
Le ha hecho a la creación.

Luna del Mar Romero H.  
Vigías Re-cuerdas. Pitalito, Huila.

# LA MARMAJA

No solo el Tuerto Serapio murió a manos de La Marmaja, sino muchos otros abuelos que como él se atrevieron a responder la capciosa pregunta que este temible espanto les hacía desde el techo del último cuarto de la vieja casona solariega que había en la calle 11 entre carreras octava y novena, a donde todas las noches limosneros y desarrapados del pueblo se acercaban en busca de un lugar para resguardarse.

Era una casa desecha de portón ancho, color verde; piso de tierra y un largo pasillo con habitaciones a lado y lado, que llegaba hasta un patio descubierto y enmarañado, donde había algunos árboles grandes en decadencia.

A mano izquierda subiendo y a mano derecha bajando, se veía pasar a los viejitos cargando sus sacos con frutas, legumbres y comida, que recogían durante el día en el mercado o en distintas residencias, y que al volver a la casona se ubicaban en uno u otro de los cuartos dispuestos para su estadía o simplemente en el desaseado corredor de la misma.

Una de las ancianas que llegaba al viejo caserón y que llamaba la atención mirarla hasta que desaparecía en la distancia, era La Pisaflores. Usaba un sombrero de flores, anudado al cuello con una cinta ancha de color rosado bellísima; su vestido de color celeste, su hermoso saco rosado, sus alpargatas blancas amarradas con un galón negro y en cada brazo un canasto rebozado de pan y naranjas y manzanas descompuestas. Caminaba como simulando pasar por un jardín lleno de rosas que no podría rozar y parecía como si a ratos volara.

Otra de las ancianas era doña Buscalaguja, una abuela encorvada que lucía siempre de traje negro y caminaba con bastón y un canasto en el brazo derecho repleto de migajas. Su avanzar era lento pero seguro.

Doña Camándulas, quien también llegaba a la posada, era de las más longevas y le gustaba ponerse adornos religiosos, como medallas y escapularios de la Virgen de Los Milagros o de Nuestra Señora del Carmen, las más invocadas en San Gil y su región. Cargaba un costal ralo de fique de los que aún se usan para empacar la papa.

La Gorda Gladiola, otra de las huéspedes, junto con su hermana Violeta, tenía una muela muy grande mientras que sus manos eran pequeñas y blancas en las que sobresalían anillos de trapo y botones de colores, que según decía en sus delirios, le traían de Francia.

Entre las abuelitas también eran habituales Doña Rematijos y La Qüin. La primera, bajita y delgada, que siempre usaba vestidos estampados y coloridos y andaba maldiciendo, por lo cual los estudiantes la ofendían preguntándole: "Rematijos ¿Cuándo se va a acabar el mundo?", a lo cual respondía: "¡El mundo se va a acabar ya, se va a abrir y se los va a tragar a todos!" y remataba con una sarta de improperios contra la Iglesia y el Gobierno a la vez aventaba piedras a diestra y siniestra.



La segunda era La Qüin, a quien le decían así porque al parecer había sufrido una trombosis que le había dejado medio cuerpo paralizado y por eso caminaba con mucha dificultad moviendo el brazo derecho hacia adentro y hacia afuera, en tanto que en la otra mano llevaba un bordón que metía entre sus piernas tratando de sostenerse, pero que sin embargo levantaba con agilidad para tirarles garrotazos a los que intentaban acercársele, cuando recorría las calles buscando que familias caritativas le dieran un plato de comida o una moneda.

El Tuerto Serapio, el primer blanco de La Marmaja, se destacaba entre todas ellas, pero no por otra cosa que por ser un viejo enojoso y egoísta que hablaba poco, y por su especial manera de descansar apoyado de lado en su bastón, pues en cada esquina duraba recostado hasta un cuarto de hora, en posición incómoda, pero como fiera al acecho.

Sin embargo, no era el único hombre, ya que había otros abuelos que arrimaban al aciago refugio después de su diario deambular por las calles, como Patovolando, un anciano churco, medio calvo, bajito y que caminaba apoyado en los talones, lo que dio pie para el certero apodo que le pusieron los muchachos.

Del grupo también era integrante el Viejo de los Ganchos, que era alto y se ponía un sombrero de ala ancha escurrida que le cubría casi la totalidad del rostro, pero que cuando levantaba la cabeza podían vérsese sus ojos de mirada pependenciera, muy parecidos a los del Tuerto Serapio. Recorría el pueblo recogiendo cartones y ganchos que botaban en los almacenes y los cargaba a cuestras en un gran costal ralo.

Los chicos lo ofendían al pasar y él les gritaba “aa-aa-aa”, como si fuera mudo, aunque dicen que en ocasiones gritaba e insultaba.

Sin embargo, una noche las preguntas de La Marmaja fueron cada vez más insistentes que el Tuerto no pudo eludirlas y terminó por contestar: “¡Caiga, pero no entre mi sartén!”. Seguidamente, hubo un gran estruendo al que ninguno de los viejos prestó atención, pero que era sin duda el ataque fulminante de La Marmaja.

Al día siguiente, la conmoción entre los ancianos y la vecindad no se hizo esperar, porque el Tuerto Serapio amaneció muerto, con señales de tortura y cubierto por algo así como de una baba verde que le chorreaba por todo el cuerpo y que mezclada con la sangre, empezaba a pudrirse emitiendo un fuerte olor a azufre, que daba pie para que por lo bajo comentaran que el diablo estaba presente.

Ese mismo día, en la mañana, el cadáver fue llevado al cementerio sobre una zorra en un cajón de 4 tablas y puesto bajo tierra, donde La Marmaja ya no volvería a molestarlo.

Pasaron varios años en que uno a uno fueron muriendo los demás ancianos de la vieja casona, que ocupaban el sombrío cuarto del Tuerto Serapio, cubiertos igualmente por la misma extraña baba verde y con las mismas señales de tortura del primer ataque de La Marmaja. Doña Pisafloras, la Buscalaguja, misia Camándulas, La Gorda Gladiola y su hermana Violeta, el Viejo de los Canastos, el Viejo de los Ganchos, Patovolando, Doña Rematijos y La Qüin, todos desaparecieron paulatinamente.

La vieja casona quedó sola y por temor sus dueños la dejaron desocupada durante muchos años, hasta que se derrumbó por el paso del tiempo, ya que esa era la única forma de que saliera de allí La Marmaja, el temible espanto que por décadas perturbó la tranquilidad sangileña.

Ahora en ese lugar se levanta un lujoso edificio de apartamentos y al parecer ninguno de sus habitantes conoce la antigua historia...

Isabel Céspedes García.

Vigías del Patrimonio Museo Arqueológico Guane